

ello implica. Cabe la posibilidad de que hayamos elegido movidos por una esperanza (errada). Quizás aún subsista (en forma revisada) la esperanza de que después de nuestra muerte terrenal el espíritu insuflado en nosotros retornará a su origen, al lugar donde la culpa revierte en perdón y toda transitoriedad es derrotada. Donde lo bueno persiste y pierden sustento las consecuencias negativas de nuestra elección.

3. ¿Tiene prioridad la volición?

Con respecto a mi interpretación no habitual del pecado original, me dijo un teólogo amigo: "Hay una antigua tradición que da primacía al saber y al conocimiento, y otra, igualmente antigua, que da prioridad a la volición". Me explicó que mi posición se inscribía en la tradición del conocimiento, y que también puede concebirse la culpa como un no querer, un negarse, en que por la obstinación de uno se sacrifica la relación con el otro. Puede objetarse que el hecho de negarse no tiene valor en sí, ni siquiera valor negativo. El valor se lo proporciona el contexto de sentido. El negarse a hacerse cómplice de un adulterio o una estafa supone una actitud de honorabilidad por parte de la persona. En cada caso, dependerá del mandamiento que se está negando y en el caso del mito del pecado original se trata del Mandamiento de Dios. Esto presupone, a su vez, el conocimiento de sentido e incluso la visión de un sentido supremo y último o, cuanto menos, de sus leyes soberanas.

Con respecto a la cuestión de la primacía de la volición, vuelvo al terreno de la psicología que me es más familiar. En términos psicológicos, puede decirse que la "libertad de elección" es una conquista muy temprana, tanto en el caso de Adán y Eva como en el desarrollo de cada niño (tanto desde el punto de vista filogenético como ontogenético), pero ocurre una cosa extraña con el "querer lo que se elige". Casi podríamos pensar que hay dos formas diferentes de volición: un deseo blando, mullido, y otro, guiado por un propósito

determinado. En rigor, el primero no es una forma de volición, aunque muchos pacientes que se someten a psicoterapia lo consideren así, lo cual lleva a extrañas confusiones y malentendidos en sus vidas. Mencionaré cuatro de estas frecuentes variantes de la volición que no es tal:

VARIANTE I

Un operario enfrenta la posibilidad de ascender y hacer carrera. Para aprobar los exámenes necesarios deberá asistir a un curso nocturno de dos años de duración y estudiar los fines de semana. La otra posibilidad consiste en que se conforme con seguir siendo operario y dedique su tiempo libre a lo que desee. Al preguntarle qué alternativa prefiere, responde que desea hacer carrera. Al interrogarle al cabo de unos meses si asiste al curso nocturno, responde que aún no ha sacado fuerzas para inscribirse.

Se trata de un modelo muy frecuente. En el fondo, el implicado no escoge entre alternativas realistas sino entre realidad y deseo y, aunque privilegia éste último, finalmente triunfa la realidad. Sintéticamente, el obrero ha definido sus alternativas de la siguiente manera:

- a) Seguir siendo un operario;
- b) Hacer carrera.

Entre a) y b) elige b), vale decir que se engaña a sí mismo, creyendo que desea hacer carrera. Si hubiese definido las alternativas en forma realista, habrían sido las siguientes:

- a) Seguir siendo operario y sentarse confortablemente por las noches a ver televisión, practicar deportes los fines de semana, etcétera.
- b) Hacer carrera y estudiar a diario hasta altas horas de la noche, planificar los fines de semana, etcétera.

Si hubiese considerado las alternativas realistas, hubiera reconocido desde un principio que deseaba elegir a), lo cual no hubiese despertado falsas expectativas en su interior y en su medio. Explicarle que su deseo de hacer carrera no era tal podría ser objeto de una sesión de terapia.

VARIANTE II

Un ingeniero tiene en perspectiva un empleo que le atrae, pero su esposa se opone a que lo acepte pues teme que estará fuera de casa más horas que anteriormente y que los niños lo verán muy poco. Por lo tanto, el ingeniero retira su solicitud y hace saber a sus oferentes que no desea el empleo. Luego se lamenta constantemente, diciendo que se sentiría mucho mejor en el empleo que ha rechazado, y envidia a los ingenieros que tienen la dicha de ocupar un puesto como aquél.

También éste es un modelo muy difundido. La persona desea decir "sí" y dice "no" o a la inversa. ¿Qué desea en realidad? ¿Desea lo que siente en su interior o lo que expresa? Se trata de una pregunta que no puede responderse inmediatamente a favor del implicado. Primero habrá que dilucidar el motivo real de la persona, considerando las consecuencias de su respuesta afirmativa o negativa. Si se trata de uno de estos motivos:

- a) miedo (en el caso citado, miedo a los reproches y regaños de su esposa),
- b) búsqueda de aprobación (en el caso citado, el deseo de que lo elogien y de quedar como un mártir),

el deseo verdadero es lo que pretende y no lo que expresa. Los efectos son evidentes: el implicado no se mantiene fiel a lo que ha expresado. Si el motivo es: a) amor (en el caso citado, una renuncia por amor a la esposa), b) comprensión (en el caso citado, comprender que la esposa tuvo razón al manifestar sus dudas), el deseo verdadero es lo que expresa y no lo que pretende. Las consecuencias también son evidentes: se mantiene

fiel a su elección. Es posible que subsista el deseo por aquello que ha rechazado, pero no habrá quejas ni envidias permanentes como sucede con el ingeniero de la historia. Explicarle sus motivos recónditos para que entienda lo que realmente desea podría ser objeto de una sesión de terapia.

VARIANTE III

Un estudiante de escuela secundaria se enamora de una compañera. Quiere estar con ella el mayor tiempo posible. El padre de la muchacha teme que descuide sus estudios y prohíbe la relación. Furioso, el estudiante deserta de la escuela y desaprovecha sus posibilidades. Pierde a su amiga definitivamente y destruye su propia carrera escolar.

Si hubiese concluido el ciclo secundario y se hubiese recibido, procurando progresar y manteniéndose fiel a su amiga, su amor de juventud habría tenido por lo menos una oportunidad de plasmarse en el futuro.

El anterior parece un modelo neurótico extraído de un texto. El neurótico agudiza las situaciones. No es la persona que se juega por una realidad mejor, sino que se queja y, sintiéndose víctima de una realidad adversa, la empeora (recordemos el caso de Celia). Cuando se le hace notar esto, con frecuencia responde lacónicamente: "Lo sé, pero no puedo cambiarlo". ¡Menuda alegría para sus allegados y acompañantes! Supone el fin de todos sus esfuerzos.

Reflexionemos sobre esta situación desde el punto de vista de la volición. ¿Qué pretende el neurótico cuando afirma que sabe cómo son las cosas pero no puede cambiarlas? "Saber" es sinónimo de reconocer lo que debe hacerse y "no poder" es sinónimo de que resulta más fácil hacer lo que no se debe. ¿Busca lo que debe hacer, busca un truco que le facilite lo que debe hacer -pues su conciencia le dicta cuál es su obligación- o busca una disculpa para realizar lo que no debe?

Posiblemente el mejor apoyo que pueda brindársele consista en que paciente y terapeuta logren desbrozar conjunta-

mente la maraña confusa de la resistencia de aquél, para descubrir lo que desea y sacarlo a la luz de la conciencia. Sólo en un segundo y tercer paso se intentará dilucidar lo que el paciente debe hacer. Tratándose del estudiante de secundaria, podría resultar terapéutico lograr que comprenda que en realidad no deseaba continuar la relación amorosa con su compañera, sino hallar una excusa para abandonar la escuela.

VARIANTE IV

Un predicador consigue adeptos entusiastas gracias a la consigna: "Cree y superarás el miedo ancestral", un imperativo atrayente, no cabe duda, pero erróneo desde la perspectiva de la logoterapia. La fe no debe servir como "medio para un fin" -en este caso, para lograr el bienestar-. La consigna tiene remotas resonancias fariseas: "Realiza buenas acciones y te asegurarás un lugar en el Cielo". Según ella, la calidad de las acciones no es esencial; si las malas acciones abriesen las puertas del Cielo se recomendaría realizarlas. Si la incredulidad liberase del miedo ancestral, se predicaría la incredulidad (...).

El citado ejemplo no difiere en gran medida del modelo neurótico; tiene un dejo más santurrón pero es igualmente paradójico. Demasiado bien sabemos que aspirar a lograr un efecto subalterno equivale a impedir su aparición. Quien cree para sobreponerse al miedo ancestral no logrará deshacerse de él. Por el contrario, el que pone su fe al servicio de lo que es "digno de fe" sin preocuparse por sus miedos se verá liberado de ellos.

No puede hacerse mayor reproche al predicador mencionado, pues es producto de la época, una época en la que proliferan los protectores desamparados y los creyentes dubitativos; en la que impera el concepto erróneo de que el fin justifica los medios.

El objetivo de lo deseado es siempre el bienestar propio. Se trata de una volición decadente y degenerada, pues los actos que implican amparo o fe requieren otro tipo de volición: el deseo genuino de querer servir, ciertamente sin